



NUM. 129

BARCELONA, 26 OCTUBRE 1901

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid

EL CUERVO



En la carretera de Zamora á la frontera portuguesa y allá por el kilómetro 54, ó sea cerca de Fermoselle, existe una casita de Peones-Camineros de la que fué encargado, hace algunos años, Domingo, un mocetón fornido, con el rostro curtido por el sol, robusto y más fuerte que un roble.

Hacia poco tiempo que casara con Pura, la moza más garrida, más bella y más lozara de la tierra de Sayago, y con ella vivía feliz y contento en aquella casa frecuentada solamente por algún que otro caminante que solicitaba agua para calmar su sed ó la de las caballerías que llevaban consigo.

El Sobrestante señor Rojas era el que más veces llegara hasta ella con objeto de revistar el estado del camino y á quien recibían con sumo agrado en aquella casa en donde era tratado con todo miramiento y en ella descansaba de las fatigas del viaje.

Así, pues, Domingo era muy considerado de sus superiores y esto, más que nada, era debido á los buenos informes del Sobrestante.

Cierta tarde, estando Domingo en su trabajo, vió pasar graznando á un cuervo que se posó en un árbol inmediato á donde él se encontraba. Domingo aunque no tenía nada de supersticioso, arrojó algunas piedras á aquel pajarraco de tan mal agüero según el decir de las gentes, pero no consiguió que se alejara, pues saltando de rama en rama y esquivando las piedras arrojadas por él, continuaba el cuervo con su canto peculiar, pero sin alejarse.

Para otro, el canto aquél lo hubiera interpretado como anuncio de alguna desgracia; pero Domingo que era hombre de pelo en pecho, poco fanático y menos supersticioso, no pensó siquiera en que pudiera ocurrirle nada grave que entibiara su felicidad y continuó su trabajo de amontonar piedras en uno de los lindes de la carretera.

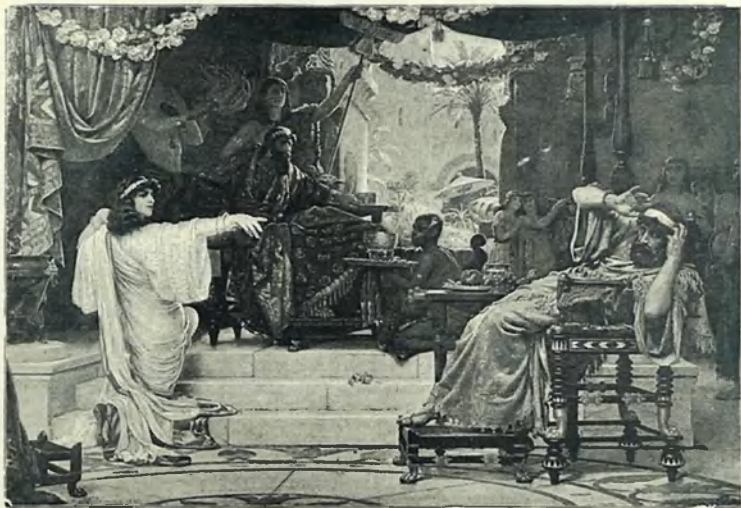
El tenebroso canto continuaba llenando el espacio incesantemente y á veces aumentaba su fuerza de tal modo, que Domingo suspendía su trabajo para fijar su atención en el cuervo que de tan extraño modo persistía en quedarse en aquel lugar á riesgo de ser alcanzado de algunas de las piedras que de cuando en cuando le arrojaba Domingo.

EL ARTE CONTEMPORANEO

La historia de Esther es interesantísima, y sino, véase:

Hallábase Asuero, rey de los Persas, en la plenitud de su poder (514 a. J.) cuando una noche en que daba un espléndido banquete, hallándose algo caliente con el vino, manda llamar á su esposa la reina Vasthi para que admiren su hermosura los convidados, á lo cual se niega ella, por no creerlo conforme. Irritado el rey la repudia, y entra á reinar en su lugar Esther, hebrea y sobrina, aunque secreta de Mardoqueo.

Transcurren cuatro años y Asuero *formaliza* la situación de Esther, coronándola y declarándola reina en lugar de la pudorosa Vasthi. Vuelta á pasar cuatro años, y como Aman, que venia á ser como el gran canciller de Asuero, se enojara porque solo el judío Mardoqueo se resistiera á adorarle, sor-



ESTHER DENUNCIANDO Á AMAN AL REY ASUERO, cuadro de E. Normand

prende á Asuero (que era un rey sumamente *sorprendible*) y hace que decrete la ruina y exterminio de todos los judíos, para lo cual expide órdenes selladas con el anillo del monarca.

Enterada Esther de la jugarreta de Aman, se presenta á su regio esposo y le ruega asista á un banquete juntamente con Aman, el cual, por el pronto, ya había mandado aparejar una viga para ahorcar á Mardoqueo.

Llega la hora del banquete, y en cuanto Esther ve que Asuero está algo bebido, le pide por su vida y por la de su pueblo, y acusa á Aman como furibundo *antisemita* que diríamos hoy; el rey manda entonces que ahorquen á su privado en la misma viga dispuesta para Mardoqueo y Esther hace que éste suba al ministerio. Acto seguido se revocan las órdenes para la matanza de judíos, y éstos, competentemente autorizados, despedazan á sus enemigos el mismo día destinado para que fuesen degollados ellos; Mardoqueo, por su parte, hace ahorcar á los diez hijos de Aman, y en celebridad de tan fausto acontecimiento instituye la festividad del *Purim* ó de las suertes, para ser perpetuamente solemnizada.

Sabido esto, se comprende que los jesuitas llamaran á la Dubarry la nueva Esther, pues era tan defensora de ellos y tan implacable enemiga de los *parlamentarios* como la otra lo había sido, respectivamente, de los judíos y los *antisemitas*.

FILOSOFIA VENATORIA



Levantada la veda, los aficionados al sport cinagético se arman de escopeta, perros y paciencia, y se lanzan por esos cotos de Dios y de conejos, en busca de emociones y de buenas piezas.

Con «tan plausible motivo», perdone el lector que echemos «un cuarto» á filosofías,

propias de la época, ya que el asunto se presta á ello.

Sabemos—porque nos lo han dicho muchas veces los caricaturistas al lápiz y á la pluma—que hay quién va de caza y vuelve de vacío, ó presenta como trofeo ejemplares más ó menos auténticos, que no tienen de él más, si bien se mira, que el haberle costado su dinero.

Existen cazadores, predestinados que no ven como mientras ellos cazan conejos, otros más «vivos» y más sinvergüenzas, se dedican á cazarles la honra, en forma de mujer joven, bonita,

*dulce y sobrosa,
como la fruta del cercado ageno,*

como dijo el poeta.

Conozco á uno de estos seres bienaventurados que se precia de tener más «olfato» que un pachón.

—Mire usted; yo me río de los maridos confiados... ¡Sé más historias! Un compañero mío, en cuanto llega esta época, no se preocupa más que de las municiones, los perros y las perdices; se larga al monte tan tranquilo y deja sola á su mujer ocho y diez días... ¡Y si supiera usted como aprovecha el tiempo la tal señora!... ¡Siempre que entro en el despacho de mi amigo y veo colgadas sobre la puerta dos hermosas cabezas de venado, me río... y me parece ver dos retratos de un parecido exactísimol...

—¡Pero que malicioso es usted!

—¡Ya lo creo! Por eso, cuando voy de caza, dejo á mi sobrino el encargo de vigilar durante mi ausencia la conducta de mi Rosaura... Es muy buena, muy honrada y me quiere mucho, eso sí; pero al fin es mujer y fragil como el cristal... Confieso que soy celoso y todas las precauciones me parecen pocas.

—¿Y ella no se molesta por esa impertinente vigilancia?

—¡No señor, al contrario; es tan santa y tan inocente, que cuando sabe que voy de caza, lo primero que me recomienda es, que no deje de enviarla el sobrinito, porque la distrae con sus cuentos y sus chistes, al mismo tiempo que la presta paciencia para esperar mi vuelta!... ¡Es un ángel mi mujer!... Pero por eso mismo yo soy un Otelo...

¡Pobre don Polidoro! ¡Si supiera lo que se cuenta de su mujer y del sobrinito!...

Con la apertura de la caza, coincide la del curso académico, y ya tenemos al venerable, «si que antipático» gremio de patronas, á caza de estudiantes.

La mayor parte se dedica á «la espera», pero no falta pupilera con «pupila» y sobrinas guapas que emplean el «reclamo» de las niñas para atraer á su casa jóvenes escolares en calidad de perdices... ó «perdigones».

Las muchachas ligeras de cascos no se duermen tampoco en eso de cazar chicos de buen parecer; y unas con red, otras con liga, rara es la que no consiga atrapar su pieza correspondiente, para conservarla en su poder durante un curso por lo menos.

También los *grupos* se dedican á cazar incautos escolares; esos, generalmente, usan la trampa y... ¡ay del que se deja prender entre sus manos!

La especie que más abunda y mayor número de ejemplares cuenta, es la de los cazadores en vedado, ó furtivos.

Esos no pierden ripio—como suele decirse—y no dejan en paz á las mujeres casadas que ecan «á tiro». Burlan todos los códigos humanos habidos y por haber, y penetran en terreno extraño como si fuera propio. Algunas veces los sorprende el guarda y la aventura termina en duelo; pero eso es tan raro, que podemos apostar «doble contra sen cillo» á que de cien casos, ocurrirá en uno... y es mucho con ceder.

Es verdad que tales cazadores, tienen mucha habilidad y suma práctica, amén de contar con excelentes «muestras» y fieles auxiliares. Son gente peligrosa y desalmada, que á todo se atreven y todo lo arrostran.

Cierto es que en la sociedad, además de los citados, existen cazadores, más ó menos expertos, en todas las esferas.

El que vive «del sable» anda constantemente á caza de «ingleses».

El pretendiente á un destino público suspira por cazar una credencial que le proporcione el pan «suyo» de cada día...

El político bullidor que nos balda en el Congreso con sus discursos de furibunda oposición, va á caza de una cartera, ó cosa que lo valga.

El jefe de un partido, trata á cada momento, de cazar el poder.

La viuda que se decide á contraer segundas nupcias ha cazado un tonto.

El vividor que se casa con vieja rica puede asegurar que caza una fortuna.

El militar que se distingue por su valor en los combates pretende cazar la gloria, aforrada en un grado, ó en una cruz pensionada.

El autor dramático caza trimestres... cuando no «pateos».

Y así todos cazamos ó procuramos cazar gangas en este pícaro mundo, sin reparar en que, á lo mejor, resultamos cazados.

Porque aunque un adagio dice que en esta vida todos tratamos de ver «quién engaña á quién», yo





creo que en realidad lo que queremos es
ver «quién caza á quién».

Y sí, según la copla:

*Medio mundo se ríe
del otro medio.*

tengo para mí que:

Medio mundo anda á caza
del otro medio
y este mundo es, señores,
un «cazadero».

—Desengáñese usted,—me decía una
vez cierto individuo que «se las echa» de
filósofo, aunque trasnochado,—la vida es
así; no hay más remedio: «cazar ó ser
cazado», he aquí el problema: los ricos
cazan á los pobres; los grandes á los pe-
queños; los sabios á los ignorantes; los lis-
tos á los tontos... ¡cazar ó ser cazado! no
hay más tu tía...

Y efectivamente, al poco tiempo «le
cazó» una morena, con unos ojos muy grandes y muy negros, que al mes se fugó en compañía de un
«golfo» y de unos cuantos miles de pesetas, propiedad del filósofo....

Ahora el víctima cuando recuerda tan pesada aventura exclama con la convicción más profunda:
—Esta es la vida: cazar... ¡para no ser cazado!

LUIS FALCATO

SPORT Y ARTE-MANIA

La familia de Pérez,
rico hacendado,
barta ya de disgustos
y desazones,
al sport y á las artes
se ha dedicado
y es de ver cual cultivan
sus aficiones:
D. José, á la pelota
tiene cariño
y, aunque casi no puede
mover los brazos,
cuando juega con ella
parece un niño,
¡tal le rejuvenecen
los paletazos!
D.ª Eustaquia, de Perez
la fiel esposa,
en la música dicen
que es un portento;
toca de una manera
maravillosa

el violon (¡Me parece
que el instrumento!);
Udegunda, la niña
mayor, torea
y es de ver sus notables
disposiciones
(pues sin ver estas cosas
no hay quien las crea)
cuando mata, valiente,
camas, colchones,
canapés y lavabos,
mesas y sillas,
ó, ensayando sus suertes
de tauromaquia,
pone á la cocinera
las banderillas
ó le da tres puyazos
á doña Eustaquia...;
al florete y al sable
tira Enriqueeta
y hace planchas enormes
en el trapeicio;

manejando Isidoro
la bicicleta,
(da cada costalazo...)
no tiene precio!
la sobrina de Perez,
Julia, patina
aunque está según dicen
perni quebrada...
y un perrito que tiene
la tal sobrina
baila el can-can á ratos
con la criada...

Todos á un tiempo ejercen
sus aficiones
y, admirarse, queridos
del resultado:
¡ya no tiene disgustos
ni desazones
la familia de Perez
el hacendado!!

SEGUNDO LOZANO



LA CONTESSINA, cuadro de C. Topham



EL PRIMER AMOR

I

Carta de ella á él.

... Porque esta angustia mía no puede prolongarse mucho tiempo. Ayer te estuve esperando cuatro horas y me acosté con la cabeza completamente trastornada. Es preciso que me bables con toda sinceridad si no te has propuesto martirizarme: nada ha ocurrido entre nosotros que pueda motivar tu alejamiento y tu silencio. ¡Si supieras! Tres días llevo de no comer nada y apenas pruebo los postres. Luego todo se confabula contra mí: se me hizo tan pesada la misa de ayer que juraría haber oído lo menos tres seguidas dichas con toda calma por un solo sacerdote. ¿Por qué no estabas en la Iglesia?

No te mereces las lágrimas que cuestas á tu—*Julia*.

II

Carta de él para ella.

... Y en cnanto á la última de tus cartas, ¿cómo debo contestarla? Podría perfectamente dar al traste con todas mis resoluciones, volverme á esa, correr nuevamente á tu casita y resnudar aquellas veladas medio infantiles, medio pecaminosas, que tantas veces nos llenaron el alma de una melancolía encantadora, de una pequeñez agradabilísima, mientras en el fondo de la sala el reloj viejo, con una monotonía es:úpidamente deliciosa contaba los minutos. ¡Oh, mi pequeño, mi primer amor de doce meses que tenía la paciencia de ir derramando una gota de sus delicias en cada minuto! Ahora... ahora mis grandes amores, invadiéndome de repente, desaparecen tan prontamente como llegan; y en pocas horas han tenido tiempo bastante para vaciar á mis pies todo el cuerno de la abundancia de sus dones. ¡Oh, loquilla! Conque ¿lloras? Da gracias á los dioses porque te han hecho completamente buena, pero no me culpes á mí si ellos han sido los que me hicieron malo.

Será preciso tratarte como si fueses capaz de pensar y desmenuzarte hasta la dirección todos los motivos que tuve para hacer punto y aparte en nuestros idealmente cándidos amores, violentando mi natural inclinación y poniendo en desordenado movimiento toda la caprichosa maquineta de tus nervios.

Aunque á veces no lo parezca, todos los hombres pensamos y todos, particularmente desde que creemos pensar con fundamento, nos forjamos las más disparatadas ilusiones. Varita mágica que transforma y purifica todas las cosas de la tierra, llave misteriosa del profundo sagrario donde se encierran los secretos de la vida, el amor es, naturalmente, uno de los primeros objetos sobre que se ejercita

nuestro pensamiento y uno de los que con más frecuencia nos llena de ilusiones. Apenas el bozo nos apunta y ya todos los hombres tenemos nuestra *idea* respecto del amor. Desde el amor juguetón, con alitas, con los ojos vendados y el carcaj airoso de los griegos, hasta el amor con uñas y afilados dientes del satírico alemán, desde el amor-niño al amor fiero, todos los diversos matices del amor se ofrecen instintivamente a nuestras jóvenes pupilas, y á vuelta de poquísimos días, cada uno de nosotros, con ese gran aplomo de la ignorancia y esa facilidad encantadora de la inexperiencia, ha resuelto de plano tan abstrusos problemas psicológicos y sabe á qué atenerse respecto del eterno ciego. ¡Barba Azul tiene un cañón! Gloria á los dioses y desde el momento en que sabemos lo que es el amor corramos á gustarlo!

Entonces nos enamoramos. Ansiosos de soltar aquella carga sentimental que nos abrumba, damos sobre la mujer primera que se nos pone en el camino y la novela de nuestro primer amor empieza á llenar las mejores páginas del libro de nuestra vida. ¡Deliciosas páginas... un poquito aburridas, sin embargo! Este primer amor, querida mía, es casi siempre disparatado, casi siempre corto y casi siempre romántico. Porque realmente este primer amor no tiene fundamento en la naturaleza; todas vosotras no influís entonces en nuestro espíritu como mujeres vivas, sino como otras tantas abstracciones encargadas de remover en nuestras almas todo lo que hemos pensado respecto del amor. Por eso nuestra primera historia sentimental está llena de idealismos y de vaguedades; por eso han dicho de ella que no tiene parecido con ninguna de nuestras otras novelas del cariño, y por eso desde el momento en que la naturaleza, ya comprendida, gana terreno sobre nuestro propio espíritu en la producción de nuestra vida, el primer amor, todo ideal, todo espiritual, siente derritidas sus alitas de leaño y nosotros comenzamos á notar la influencia del nuevo amor, fuerte, masculino, positivo como un inglés y triunfante como un buen veterano de Alemania. Entonces comprendemos que en el primer amor, como Narciso, nos hemos estado adorando á nosotros mismos; que si las tintas de la aurora son más delicadas, las del mediodía son más duraderas; y, al mismo tiempo, que no es bien colocar sobre la delicada cabellera de la que ha sido nuestra maga azul, nuestra enamorada Mussette de los primeros goces, el casco rubio y enormemente grave del famoso veterano.



No por dejar de amarte, sino por seguirte amando he resuelto apartarme de ti, querida mía; porque deseo que sigas siendo para mi alma la abstracción impalpable, la maga misteriosa de mis sueños, la mariposa blanca de mis horas tristes y para eso, pobre niña mía, es preciso que me aparte de ti; que no te vea ya nunca, que te recuerde como una cosa lejana. Naturalmente, yo no puedo exigirte que te mueras, pero tal vez esa fuera una solución formidablemente poética para nuestros amores. ¿Vamos á casarnos? ¿Comprendes tú eso? La comida de bodas; los abrazos con la papalina ladeada; las zapatillas sin talones; la vida de familia; las cuentas de salidas y de ingresos; los meses de embarazo ¡uf! Todo eso, sería, pobre loca, para nuestro amor una muerte más cruelmente absoluta que este apartamiento lleno de agradables melancolías. Cuando seamos viejos, muy viejos, pienso volver á hacerte una visita; entonces nos explicaremos nuestra vida y nos prepararemos a abandonarla juntos.

No permitan los dioses que hasta entonces vuelva á verte tú —Eduardo.

E. MARQUINA



CANCIÓN

(Imitación de Plácido)

Parisima niña,
conjunto de gracias,
escucha piadosa
de amor mis palabras,
y piensa que te amo
con toda mi alma,
cual ama la abeja
la flor de la caña.



Al sol de tus ojos
nació mi esperanza,
del cálido estío
en fresca mañana;
brillantes jazmines
tu frente besaban,
cual besa el rocío
la flor de la caña.

Envelta en los pliegues
de albisima bata,
volvías del baño
risueña y rosada,
tu blondo cabello
ondaba á tu espalda
al beso del viento
que mece á la caña.

Te vi, y al instante,
plegando sus alas,
amor en mi pecho
fijó su morada;
pero ¡ay! negras dudas
turbaron mi calma,
cual viento que agita
la flor de la caña.



Pudor é inocencia
tu frente bañaban
cual baña á los cielos
el rayo del alba;
tu esbelta cintura
flexible y torneada
vencía en donaire
al junco y la caña.

Al tocar tu mano,
tu mano tan blanca,
bendije tu encanto
con toda mi alma,
y latió mi pecho
con violencia tanta,
cual tiembla y se mece
la flor de la caña.

¡Oh! niña graciosa,
de dulce mirada,
siel amor te pido
rendido á tus plantas.
Mira que no puedo
vivir de esperanzas,
sufriendo vaivenes
como flor de caña.

ROSENDO CARRASCO

(Santiago de Chile.)



LA COSTA DE AZUR, por Ernesto Waterlon



Del mes de diciembre
en un bello día,
la cándida Flora,
salió á la campiña.

Al salir, pregunta
la madre á la niña:
—¿A donde te lanzas
alegre y solita?

—Voy al prado, madre,
que allí se divisa,
pues quiero con flores
ornar á María.

—Acción tan piadosa
los cielos bendigan,
pero advierte, Flora,
advierte, alma mía,
que tras esas flores
tan frescas y lindas,
se ocultan punzantes,
agudas espinas.

—Sabré separarlas,—
responde la niña,
y al prado se lanza
radiante de dicha.

Pero ¡ay! olvidando
la incauta chiquilla
la sabia advertencia
que ha poco le hacían,

con paso resuelto,
loca de alegría,
a un rosal hermoso
los pies encamina,
juzgando imposible
que flores tan lindas
llevaran ocultas
punzantes espinas.

Mas ¡ay! ¿por qué triste
la inocente niña
á su casa torna?

—¿Qué tienes, mi vida?

—¡Ay! madre,—contesta
la niña afligida;—
¡las flores más bellas
turbaron mi dicha!

Asi también, Laura,
hay frases muy lindas,
frases seductoras
que en mucho se estiman,
mas, cúidate de ellas,
pues llevan espinas,
que punzan el alma.
que roban la vida.

Rosendo Carrasco y Jeltres



PEPITORIA

BIBLIOTECA ROSA

Tal es el título de una nueva y elegantísima colección de tomos de 160 A 200 páginas, con preciosas cubiertas al cromó y cómodo tamaño, conteniendo las obras de los mejores novelistas de Europa, traducidas con inmejorable esmero y siempre íntegras.

Van publicadas hasta ahora las siguientes obras:

La comedianta, por P. de Molenes.

Drama de amor, por F. Soulié.

Las ánimas del purgatorio, por Próspero Mérimée.

La justiciera de sí misma, por Carlos Barbarrá.

Pecados de la juventud por V. Perceval.

Teresita, por Julio Ruiz Montero.

El Capitán Burle, por E. Zola.

Las sendas de Dios, por B. Björnson.

El monstruo, por Carlos Bodin.

Naida Micoulin, por E. Zola.

El sillón fatal, por Pedro Newski.

Un crimen infame, por E. Mürger.

Noche trágica, por E. Daudet.

Un Drama sangriento (dos tomos), por Luis Jacolliot.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

En Madrid, *Librería Agrícola*, Seirano, 14.

El que padezca de callos tiene un remedio infalible que es el gran callicida que inventó LADIVONSIM.

ARTISTA DRAMÁTICA ITALIANA



SIGNORINA BIANCA IOGIUS

MARCHA DE ALEF



Empezando por la casilla del centro y siguiendo la *marcha del Alef* en el juego de ajedrez, se puede leer un conocidísimo refrán.

NOVEJARQUE

Las soluciones en el próximo número

SOLUCION

al pasatiempo del número anterior

Salto de caballo.—

MAL DE MUCHAS

— ¡Mal, doctor, la arrebató la vida! —

Resuma pregunta con desvanecimiento.

— Murio, — dijo el doctor, — de una caída.

— Pues ¿de dónde cayó? — Cajas del cielo.

Ruina de Campaner

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. O. G. — Almería. — El mucho original que tenemos pendiente de publicación nos obliga a no aceptar ningún artículo que no esté expresamente encargado.

J. J. G. — Cadix. — Todo está bien.

A. G. P. — Toledo. — No está mal, pero se ha dicho tantas veces lo mismo!

R. N. — Pues allá va, y no hablemos más del asunto:

AMOROSA

Que si te amo me preguntas con vos dulce y mimosa: como no tengo de amaros siendo tan pura mi hermosa.

Si antes de verte yo en brazos de otro hombre, mi amor me verías consumirme hasta morir de dolor.

M. L. — Santander. — Inaceptable.

J. R. — Cartagena. — Inadmisible.

F. M. de R. — Tortosa. — Nada de ese personaje!

J. Q. A. — Sevilla. — No sirve.

M. M. — Málaga. — No diré que no sirva, pero no para irte.

CHARADITA GRÁFICA

NOVEJARQUE

3 2 1



1 3



TODO



RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. No se permite la reproducción sin el consentimiento expreso de los autores.

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL "LA IBERICA", PLAZA DE TETUAN, 50.-BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

